

UNO

Ahora soy bibliotecario en el *San Francisco Call*.

¿Tengo aspecto de bibliotecario? Giro la silla para mirarme en el espejo. No veo el rostro de un bibliotecario. No veo una frente alta, despejada y blanca. No veo la expresión serena, apacible y formal del estudioso. La frente sí que tiene la suficiente altura, pero está rayada de surcos que parecen cicatrices de cuchilladas. Hay dos arrugas verticales entre los ojos que me dan el aire de estar frunciendo siempre el entrecejo. Mis ojos quedan lo bastante separados y no son pequeños, pero sí fríos, duros y calculadores. Son azules, pero del matiz de azul más alejado del violeta que pueda imaginarse.

Mi nariz no es larga ni afilada. Y sin embargo es una nariz inquisitiva. Tengo una boca muy ancha, con un extremo más alto que el otro, en la que siempre parece lucir una sonrisita irónica. No tengo el entrecejo fruncido ni sonrío irónicamente; pero algo en mi cara hace que todo el mundo se lo piense antes de preguntarme por dónde se va a la iglesia del Dr. Gordon. No puedo recordar ni un solo momento de mi vida en que alguna mujer, joven o vieja, me parase por la calle para preguntarme una dirección. Pero, muy de vez en cuando, sí puede que un borracho rueda hasta donde yo estoy y me pregunte cómo se va a la esquina de la calle Mission con la Veinte.

Si mantengo la vista fija en el espejo el tiempo suficiente y me concentro con la suficiente fuerza, puedo invocar otro rostro. El viejo parece disolverse y en su lugar veo la cara de un colegial; una cara brillante, pulcra e inocente. Veo unas greñas de pelo blanco, un par de ojos azules y una nariz inquisitiva. Me veo a mí mismo de pie en los anchos escalones de la escuela-convento de las Hermanas. A los catorce años, después de tres en la «escuela hogar», la dejo para irme a casa de mi padre y luego a otro colegio de «chicos mayores».

Mi profesora, una Hermana dulce y amable, una *madonna*, me tiene cogido de la mano. Está llorando. Debo darme prisa o me pondré

a llorar yo también. La madre superiora dice adiós. Sus finos labios están apretados con tanta fuerza que apenas puedo ver la línea en que se juntan. Me mira a los ojos fijamente y yo estoy preguntándome qué va a decirme, cuando el crujido de la grava nos avisa de que el viejo coche de caballos está listo y debo marcharme. La Madre coge suavemente de la mano a mi profesora. Las veo cruzar el amplio portón y desaparecer en silencio por el recibidor largo y oscuro.

Todos los chicos del colegio, y había cincuenta, se pusieron en fila y me dedicaron una ruidosa despedida. El viejo cochero arreó a sus caballos y yo partí hacia el tren, hacia el mundo.

Cualquier lector con un ápice de imaginación puede figurarse que me fui a casa, a otra escuela después, y que más tarde entré a trabajar en alguna oficina; un ascenso aquí y allá, siempre llevando una vida ordenada, tranquila, dedicada al estudio, hasta que por fin llego a la respetable y responsable posición de bibliotecario de un periódico local. Así tendría que haber sido, pero no fue.

Mi trayectoria desde aquella escuela-convento hasta mi despacho en esta biblioteca, si se dibujara en un papel, tendría el aspecto de las líneas zigzagueantes que los estadísticos usan para reflejar las subidas y bajadas de las temperaturas y las precipitaciones o las fluctuaciones de los negocios. Cada uno de mis giros fue brusco y repentino. No recuerdo, en muchísimos años, haber realizado un solo giro fácil, armonioso y redondo.

Me he dicho muchas veces que nada hay mejor para un chico que tener a una madre al lado hasta que tiene los pies bien plantados en la tierra; nada mejor que sentir la influencia de un hogar hasta que consiga hacerse con algún criterio de actuación que le ayude a encarar el mundo. Nada puede sustituir a un hogar ni a una madre.

Puede que para un chaval normal no signifique mucho que un amigo le diga: «John, te quiero presentar a mi madre». Para mí significa más de lo que cabe en un papel: me parece la explicación de que el hombre que con tanto orgullo dice «Ésta es mi madre» sea tantas cosas que yo no soy ni seré nunca. Los de las aseguradoras no han llegado aún al extremo de asegurar a un hombre contra el fracaso vital; pero si algún día lo hacen, me imagino que el chaval que pueda tener

asegurado que su madre seguirá con él hasta los veinte años, obtendrá alguna ligera ventaja en el precio de la póliza.

No traigo a colación lo de que me quedé sin madre a los diez años para usarlo de coartada. Pero me parece que uno tiene derecho a preguntarse si las cosas hubieran podido ser de otra manera. Mi madre murió antes de que yo la pudiera conocer bien: no creo que ningún niño piense mucho en sus padres antes de los doce o trece años.

Yo me figuraba, supongo, que mi madre había venido al mundo para frotarme la cara y el cuello, y para recibir gritos y puntapiés; para ponerme alrededor del cuello, cuando cogía un catarro, trapos de franela que picaban, empapados de una pomada olorosa; y para quedarse al lado de mi cama, vigilando que no me levantase, cuando tenía el sarampión. Recuerdo perfectamente cómo me enfadé el día en que me trajo un bonito cepillo de dientes nuevo y me enseñó qué había que hacer con él.

Esto ya era demasiada humillación, la gota que colmaba el vaso. Tiré esa cosa y me negué a usarla; le dije de todas las formas posibles que yo no era «ninguna niña» y que no iba a usar «cosas de niña». Ella no se enfadó ni se puso a refunfuñar; simplemente siguió con su trabajo, sonriendo. Puede que se sintiera complacida con mi masculina explosión de ira. No lo sé.

No recuerdo haberme sentido conmocionado, ni triste, cuando la enterraron. Lloré, porque es lo que se suponía que debía hacer. La familia de mi madre, un par de hermanas a las que yo nunca había visto antes ni volví a ver después, lloraban. Vi lágrimas en los ojos de mi padre. Así que intenté llorar, y lo conseguí. Sé que mi padre era consciente de lo que perdíamos y que su pena era sincera, pero entonces yo no podía sentirlo.

Pocos días después, padre vendió la casita que había sido nuestro hogar, con todos sus muebles, y nos trasladamos al único hotel de la pequeña ciudad. No había muchas escuelas, y en aquellos tiempos resultaban inaccesibles para los niños pobres. Yo jugaba por los alrededores del hotel todo el día, asilvestrado, hasta que padre volvía de trabajar. Él cenaba, leía un periódico y me llevaba a la cama. Después leía un libro durante una hora y se iba a dormir también. Así vivimos

durante casi un año. Algunas noches bajaba el libro y se quedaba mirándome durante varios minutos seguidos de una forma muy rara. Yo era un problema, sin duda, y estaba tratando de decidir qué hacer conmigo. Un niño de diez años sin madre es todo un problema para la cabeza de un padre, y el mío era un hombre que usaba la cabeza.

Si miro atrás, me veo traído y llevado como una hoja seca que es azotada por los vientos del otoño hasta que al fin encuentra acomodo en la esquina de una valla. Cuando salí del colegio a los catorce años, era lo menos mundano que pueda ser un chico. No sabía más de la vida y sus particularidades que la santa mujer que me había enseñado a rezar en el convento.

Antes de los veinte ya había estado en el banquillo por robo con allanamiento. Me absolvieron, pero eso es otra historia. En seis años había abandonado hogar y padre, me había echado a los caminos, convertido en un pequeño rompe-cerraduras, descuidero de cajas registradoras y de los que llaman a la puerta de las casas, balconero de pensiones baratas y, por fin, en prometedor ladrón de casas a pequeña escala.

A los veinticinco ya era un desvalijador experto, un asaltante nocturno que elegía cuidadosamente las mejores mansiones, las de la gente rica, despreocupada y con seguro. Me las «hacía» en las primeras horas de la madrugada, siempre armado.

A los treinta era un miembro respetado de la hermandad de los *yeggs*, un tipo de ladrón del que se sabe muy poco. Es silencioso, reservado, lleno de cautela; siempre viajando, siempre «trabajando» de noche. Rehúye las luces, no se aleja de los suyos casi nunca y jamás emerge a la superficie. Por ir a todos lados con su automática siempre lista, es el que manda en los bajos fondos. A los cuarenta me encontré hecho un perfecto bandolero errante, un viajero solitario; un condenado evadido y en fuga, con el bagaje de veinticinco años en el submundo.

¡Un bagaje nada recomendable! Atestado de hurtos, asaltos a casas y tantos robos que ni puede llevarse la cuenta. Todo tipo de delitos contra la propiedad. Arrestos, juicios, absoluciones, condenas, evasiones. ¡Prisiones! Cuatro tengo en mi palmarés. Y cárceles comarcales, campos de trabajo, trenas urbanas, barracones de la Policía Montada,

calabozos, celdas de incomunicación, castigos a pan y agua o a permanecer atado y colgado, palizas brutales, y la cruel camisa de fuerza.

Veo fumaderos de opio, tabernas de mala muerte, guaridas de ladrones, refugios de mendigos.

Delitos que reciben, de una forma u otra, su justo castigo.

Mientras hacía esta ruta tomé muy pocos vasos de vino, casi nunca vi sonreír a una mujer y muy pocas veces oí una canción.

En esos veinticinco años viví todas estas cosas, y ahora voy a escribirlas.

Y voy a escribirlas como las viví. Con una sonrisa.